

# CONCURSO JUVENTUD 1983

En el número de febrero de **JUVENTUD** te informamos del resultado del Concurso JUVENTUD 1982. Como recordarás, dijimos que fue todo un éxito, ya que recibimos más de 100 trabajos procedentes de Ecuador, España, México, Chile, Perú, Uruguay y Argentina.

Nuevamente queremos estimular la creatividad de nuestros lectores, por lo que abrimos el CONCURSO JUVENTUD 1983. En este concurso hay una categoría única que abarca los siguientes tipos de artículos, que deben ser originales del concursante:

- *Testimonial*: Historia breve e inspiradora (real, por supuesto), protagonizada por el autor u otra persona.
- *De fondo*: Desarrollo de un tema de interés juvenil, de una doctrina o de un tema de debate. (Ejemplos: vida cristiana; amistad; noviazgo; la pareja joven; problemas e inquietudes juveniles; la vocación; el testimonio en el colegio, la universidad y el vecindario; ciencia y religión; doctrinas bíblicas; el joven y la iglesia, etc.)
- *Ensayo*: Opinión del autor sobre algún tema juvenil que despierta su inquietud. Por supuesto, se espera que aporte una solución al problema planteado.
- *Parábolas y alegorías*: Mediante narraciones reales o imaginarias, se presentan las grandes verdades espirituales al joven de esta década, tratando de que la lección espiritual brote, si es posible, espontáneamente, sin necesidad de ninguna aclaración.

Cualquiera sea el tipo de artículo que elijas para concursar debes tener en cuenta el estilo de la revista, y para ello lo mejor que puedes hacer es releer los números anteriores. Los artículos premiados aparecieron en los números de Febrero, Marzo y Abril, y además publicamos algunos otros en los números de Mayo y Junio. Quisiéramos que recordaras que:

1. **Juventud** se dirige especialmente a los jóvenes de 14 a 25 años.
2. Se prefiere el lenguaje directo y sencillo, evitando las palabras rebuscadas y las expresiones vulgares. Los términos técnicos deben estar debidamente aclarados.

3. El mejor impacto lo logra el autor que sabe ponerse en el lugar del lector, que lo lleva a razonar y lo motiva para tomar decisiones correctas, evitando el estilo exhortativo de quien parece estar predicando desde el púlpito.

4. La extensión del artículo no debe exceder las 2.000 palabras. Se prefiere el trabajo escrito a máquina (en este caso se calcula el límite en siete páginas con 28 líneas de 65 caracteres cada una y a doble espacio, escritas de un solo lado de la hoja). No obstante, se aceptarán los trabajos escritos a mano, prolijamente, que sean totalmente legibles.

También debes tener en cuenta que:

1. Los trabajos deben ser firmados con seudónimo y acompañados por un sobre cerrado que contenga la aclaración del mismo: Nombre y apellido, dirección postal y un papel escrito de tu puño y letra que diga: "Envío mi trabajo (nombre del trabajo) para el Concurso **Juventud** 1983 y acepto las bases del mismo publicadas en el número de junio de 1983". (Firma del autor del artículo.) En el exterior del sobre deberá figurar sólo el seudónimo utilizado.

2. Pueden ser realizados por una o más personas sin límite de edad, pero el premio será por cada trabajo sin tener en cuenta el número de autores.

3. Los trabajos no se devuelven.

4. **Juventud** se reserva el derecho de publicar cualquiera de los artículos recibidos, aunque no sean premiados.

5. Todos los trabajos que sean publicados serán corregidos según el estilo de **Juventud**.

6. Todos los artículos premiados serán publicados en la revista.

7. Los trabajos deberán llegar a más tardar el 31 de agosto de 1983. (Se recomienda enviar los trabajos por correo certificado.)

8. Todos los concursantes recibirán un boletín con el fallo del jurado.

**PREMIOS**: Primer premio: el equivalente a 100 dólares.

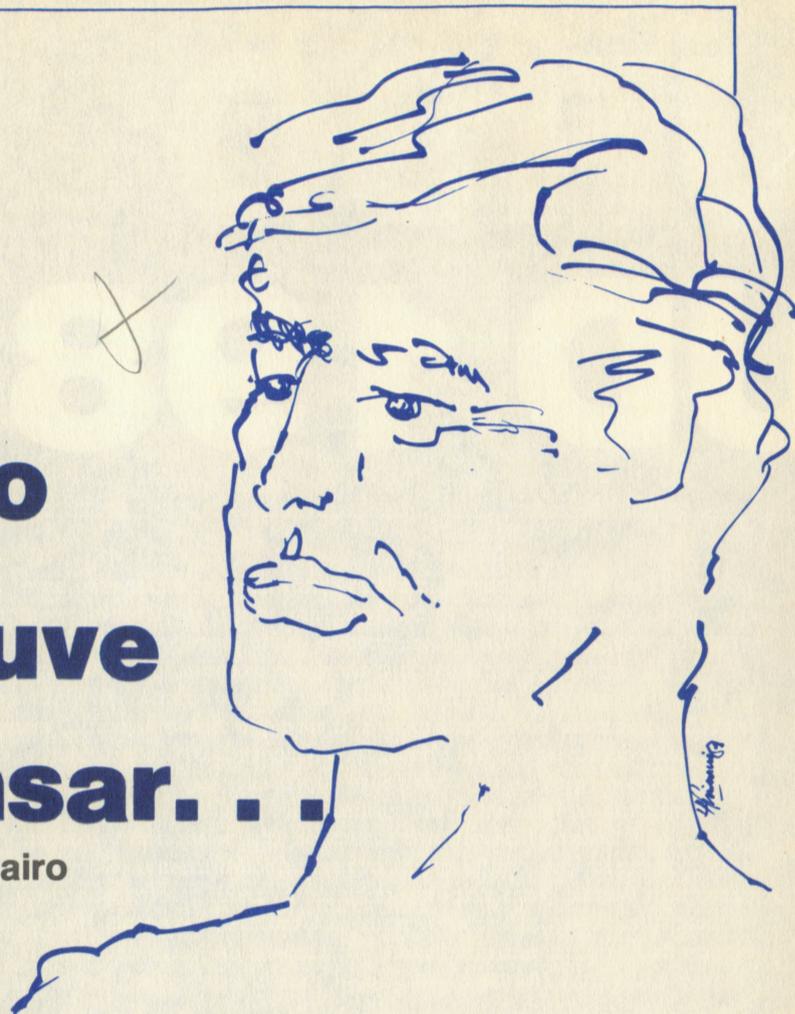
Segundo premio: el equivalente a 60 dólares.

Dos terceros premios: el equivalente a 30 dólares.

Comienza a trabajar hoy mismo y te deseamos de todo corazón que tengas éxito.

# Sólo me detuve a pensar. . .

Haroldo Cairo



La capital parecía hervir. El estridente sonido de las bocinas allá abajo en la avenida de los semáforos descompuestos, el penetrante silbido de los jets que despegaban del aeropuerto, que en un instante se transformaba en un atronador rugido, el ruidoso traquetear del ferrocarril al pasar sobre un puente a media cuadra: todo parecía

retumbar amplificado por la fuerte cefalea. El olor a quién sabe qué producto químico del laboratorio que fabricaba medicamentos para una compañía extranjera, el humo que despedían autos, fábricas, aviones, personas; todo parecía que entraba por la ventana de su habitación, la 103, y de allí a sus pulmones. Tuvo náuseas. Un escalofrío lo

estremeció de pies a cabeza. No resistió más. "Hay que cerrar la ventana", pensó. Tomó el interruptor y llamó a la enfermera. Nadie respondió. La desesperación lo invadió. Bajó de la cama. Todo le pareció dar vueltas. Tuvo la impresión de ver la ventana. Blanco. Negro. Estrellas. Sintió el calor de la sangre en su mano al tocarse la frente y

contrado toda la dicha.

Yo pensaba: "¡Qué pocas cosas se necesitan para ser feliz! Unos colores brillantes; un mundo redondo. Nada más. Lo otro eres tú".

El viento traía violines y claveles. Hacía calor. Por la ventanilla veía retamas, algunas ramas de acacia, trenzas de hiedra y un trozo triangular de cielo. Todo daba testimonio del amor de Dios. Todo revelaba que Dios es fuente de vida, de gozo. El cielo, la tierra, el sol, los árboles, las flores, los pájaros, los cardones, las espinas: todo me hablaba del infinito amor del Creador.

Tus ojos pintaban la necesidad de energías contenidas.

Me acordé de las cosas que me habían enseñado en la Escuela Normal: jugar, jugar mucho, para salvar el equilibrio biológico. Me remonté en el recuerdo cuando supe el diagnóstico de un médico sobre el caso de un niño: "Esta enfermo de tristeza. . . necesita jugar".

Pensé: "Será tu primer juguete". Sentí envidia por ti. Cuánto hubiera querido volver a mi infancia. Te miraba, fascinada con una indecible nostalgia.

Revivía mi niñez, no como mero desdoblamiento, sino como una corriente vital desencadenada de sus honduras. Atenta a ti, ahuyentaba la sombra de las fatigas. Tus manos apretaban "la pé"; tus ojos se perdían en sus vivos colores.

Volví a mirarla a tu madre, que seguía ausente de tu gozo. Otra vez el espejo que reflejaba su cara hermosa. —¡Mamá! ¡"La pé"! —y la apoyabas junto a tu pecho.

Parecías entregar a tu juguete el ideal tesoro de tus caricias, mientras tus manos recorrían sus formas y colores, cual si corrieras los caminos de la felicidad. Me preguntaba: "¿Soñaste muchas veces con poseerla?" ¡Al fin era tuya! Afuera el aire reflejaba el pasar de las nubes. Cielos cambiantes, azules esfumadas entre los cerros; policromías tornadas en mariposas.

Me detuve ante tu juguete. Miré "la pé". Comparé el cielo. Gloria del ojo. El paisaje me penetraba de luz, de color.

¿Vamos llegando? ¡No! Falta rato. El viaje es largo. Seguí paseando mis ojos por los cerros de severos perfiles. Formas y matices. Luces y penumbras.

Tu madre se levantó. ¿Iría al baño? Quizá.

Y tú, inquieto y curioso, ocupaste su lugar. Te acercaste a la ventanilla. Con ojos sonámbulos mirabas las soñadas tierras.

De pronto, regresó mamá y tú, que girabas por el paisaje, quizá un poco distraído o cansado, aflojaste tu tesoro y, al ceder el asiento a mamá, te dejaste arrebatar la pelota. Esa pelota que era tu sueño, tu sueño hermoso, impagable.

Fue un grito inmenso que nunca olvidaré. Ya no podías volver atrás. El tren continuaba su marcha, ajeno a tu pesar. Te quebraste en llanto, diciendo: "¡La pé, la pé. . . mamá, la pé!". Hubo que conformarte. Mamá parecía no compartir tanto tu inmenso drama.

Lloraste. Mucho. Lágrimas. . . "¡La pé; la pé!". . . Así te fuiste durmiendo. Tenías el alma lastimada. El camino parecía indiferente, tremendo.

Volví a meterme en *mi* mundo, hecha cenizas. Adentro, mi corazón era también un niño. No podía impedirlo.

Sentí miedo. Miedo a ese mundo que se lleva a veces nuestros mejores sueños, que quedan en el camino con color de tiempo y cascabel de ansiedad.

Abrí los ojos. Los últimos tonos se iban desdibujando. Vi tus manos apretando una redondez vacía. Una redondez incolora, sin sueños.

Amanecía. Con calor afuera, con mucho frío adentro. Amanecía con un nombre a los pies del Ambato: "CATAMARCA". . . y en mi corazón, otro nombre: "la pé" y unos ojos inmensamente abiertos frente a los míos; tus ojos, pequeño, que nunca podré olvidar. ○

allí nomás, donde pude. Coloqué el pequeño equipaje y apoyé mi pobre humanidad sobre el duro asiento. Estiré cómodamente las piernas y comencé a mirar alrededor. No muy lejos. No me interesaba por ese entonces el mundo ajeno. Quería *mi* mundo.

Mis pensamientos se destramaban vaporesos, fundiéndose con el aire soleado que entraba por la ventanilla entreabierta. Miraba a través de su brillo en la luz verdosa como en un fondo submarino. Veía pasar los días. . . mis días. . . con las tareas, con los empeños prosaicos. Pensaba en los apuros, las ansiedades, los afanes, y recordé la palabra sagrada: "Buscad primeramente el reino de Dios. . . no os afanéis por el día de mañana. . . basta a cada día su propio mal".

¡Ah! ¡Cuánto alivio! ¡Qué descanso! Cuán cierto viene a mi mente el Eclesiastés: "Más vale un puño lleno con descanso, que ambos puños llenos con trabajo y aflicción de espíritu".

De pronto, abstraída en mis propios pensamientos, alcé la vista y la fijé: frente a mí —como en un ángulo de cristal— un rostro diáfano. Era un niño chiquito, de escasos cuatro años. Mirada oscura, pero centelleante de alegría. Un pequeño surco sinuoso en la boca; los labios alargados en franca sonrisa.

Sus manos apretaban, jubilosas, una pelota multicolor, que separaba o agitaba entre los dedos cual una banda de enanos saltarines.

Una pelota. (Siempre me había parecido un juguete cualquiera hasta verla en sus manos.) Allí era un misterio de amor. Había en ella un milagro de per-

fume. En ti, pequeño, un milagro de inocencia.

Miradas de reojo. La estrechabas contra tu pecho, tal como si temieras que yo, que te observaba, pudiera robártela.

Volvías a mirarla. Volvías a estrujarla.

Era verano y marchábamos hacia Cاتمamarca, tierra de historia y de romance.

A nuestro paso, las "achumas", esos floreados cardones de ancho tallo, semejaban búcaros de azucenas. Allí un rancho de quinchos y pircas. Un tunal.

Pensaba: "Pueblo que crece y espera". Largo y polvoroso el camino. Pencas y jarales. Algún algarrobo con su copa verdebronce.

Tú, pequeño, parecías tener miedo. Miedo, sí, a ese mundo de ojos, de miradas desconocidas. De árboles, de tierra; donde a nadie importa si tienes un juguete muy tuyo.

Me miraste mansamente. Tontamente me pareció que me sonreías. Debí morderte los labios para no preguntarme: "¿Será posible que me tengas miedo?"

De tanto en tanto soslayabas a mamá que, a tu lado, parecía indiferente a tu mundo. A cada rato se observaba al espejo. Era bonita. Muy bonita. Se me ocurrió indiferente. Pensé que ella ansiaba llegar a un destino. Hasta pensé que para ella había algo tan esperado y querido como el juguete que tú apretabas contra tu corazoncito.

—Mamá. . . Mamá. . . "la pé". . .

Y mirabas la pelota como diciéndole: "¿Ves que hermosa es? Mira mamá. . ."

Tus manos la recorrían; la acariciaban como si en ese contacto hubieras en-

luego nada. . .

Despertó sobresaltado. Vio manos, al parecer femeninas, que le cambiaban vendas en su frente. Siguió con la vista un tubo de plástico. Dedujo que salía de su brazo. Un papel pegado al frasco decía: 103, Otto Frickberg, Dextrosa al 5%, 1.000 cc. No eran las manos ásperas de su madre. Ahora entendía: el ruido, el humo, la ventana, su problema pulmonar, su fuerte cefalea. "Yo no debería estar aquí", pensó. Con nostalgia recordó a su madre Erika. Cómo le hubiera agradado que estuviera allí. Su mente dejó 1982 y sus trajinados 46 años de vida, y se detuvo a rememorar su niñez, muchos años atrás. Recordó la vieja casa de piso de tierra y techo bajo. La mesa del mediodía, con su abuelo inmigrante a la cabecera. El olor a los marlos quemados, que tanto le agradaba echar en la antigua cocina de hierro. El rítmico chirrido y golpeteo del fiel molino que daba de beber a todos, cuando el a veces caprichoso viento se lo permitía. Vino a su mente el "petiso", cuyo lomo lo llevaba por el campo a buscar las vacas o por el camino hacia la querida escuela, en la que una sola maestra

era la directora y enseñaba todos los grados en una sola aula al lado de la capilla.

Los sábados de mañana, la mejor ropa. El calor del sol al reparo del viento helado de la mañana, antes de que comenzara el culto.

La trilla. Toda la familia giraba alrededor de esas gigantescas máquinas que tragaban el dorado trigo, que luego se transformaría en harina. Harina que luego sería el *ribel kuchen* de los viernes de tarde. Le vinieron a la mente, a borbollones, recuerdos de fragancias frescas del campo, palabras en alemán, imágenes, la novedad del televisor recién comprado. Notó que su pulso se alteró por el repentino cambio de la alegría a la indignación. "¿Por qué estoy aquí?", se dijo. Buscó la respuesta y la encontró casi simultáneamente. "La televisión" —pensó—, "la televisión me mostró la ciudad. Sus luces, su dinero, su confort, sus placeres. Me hizo pensar que el campo era sin cultura, sin gloria, sin 'vida'. Pero no me mostró su *smog*, su corrupción, su estrés, su vida antinatural, sus ruidos, sus úlceras, su contaminación".  
Deslumbrado por esa propaganda parcial, su

joven e impetuosa mente comenzó a querer "algo mejor". El "me irá a la capital" se agrandaba con el paso del tiempo.

Ahora ya ocupaba el cargo de jefe de personal en una gran fábrica de mala reputación por las muchas intoxicaciones ocurridas entre los obreros debido a la cantidad de productos químicos que se manejaban. Pero pagaban bien.

Primero tos leve. Luego tos más fuerte. Después dolor. Médicos. Radiografías. Consultas. Pieza 103. . .

—¡Señor Frickberg!  
¡Señor Otto Frickberg!  
—insistió el doctor.

—¡Ah! Sí, sí —volvió a la realidad.

—Hemos estudiado su caso —dijo el facultativo.

Le mostró análisis, radiografías, le explicó su problema.

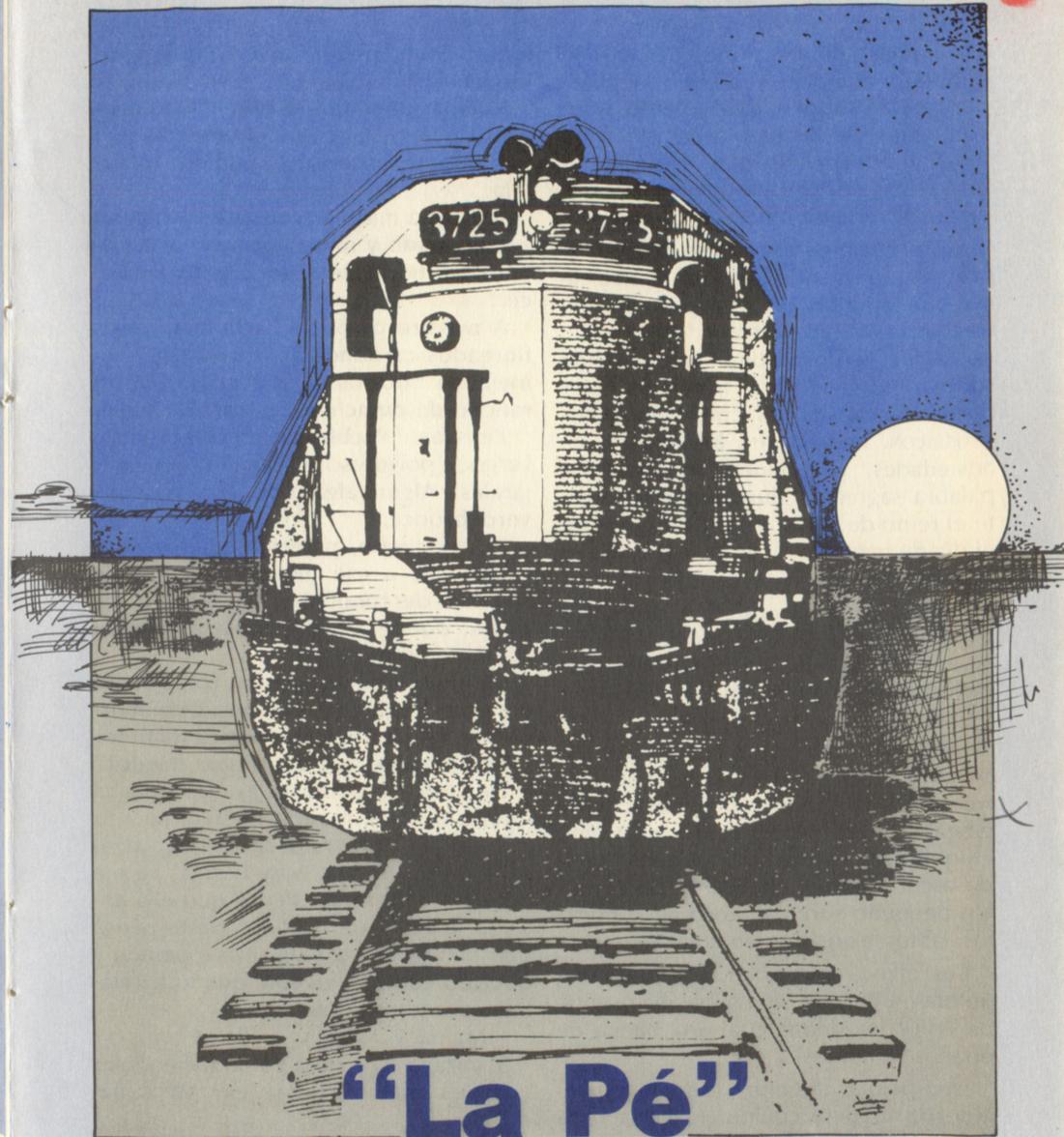
—Usted necesita. . .

—Dejar la ciudad —interrumpió el paciente—, dejar la ciudad e irme al campo. Trabajar con las manos, aire puro, vivir de veras, sin apuros, ni úlceras, ni estrés. . .

—Justamente eso estaba por recetarle —acotó el médico—. Pero. . . ¿cómo lo supo? ¿Se lo dijo la enfermera?

—No, doctor —respondió—. Sólo me detuve a pensar. . . ○

Yo pensaba: "¡Qué pocas cosas se necesitan para ser feliz! Unos colores brillantes; un mundo redondo. Nada más. Lo otro eres tú".



**Kelly H. de Baronetti**

**C**órdoba. Bullicio ciudadano. Algarabía.

Yo había tomado un tren que llegaba desde lejos, desde muy lejos, y deseaba conocer algo no visto aún. Siempre hay algo por conocer. Siempre hay algo que esperar. Siempre.

Apuros. Apretujones. Ola humana que arrastra. Gente que como yo, marchaba a Catamarca.

¡Cuánta tensión amontonada! ¡Cuánta agitación!

Emprendimos un viaje largo, muy largo en contenido emocional. Me ubiqué

Ahora era asunto de comprar otros. Nuevamente la vida les jugaba una mala pasada. El magro sueldo que la humilde mujer podía reunir no bastaba para comprar cinco pares de zapatos y comer al mismo tiempo.

Por eso, ese viernes de noche, cuando se reunieron para realizar el acostumbrado culto familiar, un silencio denso e incómodo reinaba en la sala. Sí, es cierto, cantaban, pero esas voces infantiles no se elevaban con el mismo candor de siempre. Claro. . . bien sabían que ese sábado, cuando todos sus compañeros fueran al templo, ellos no podrían hacerlo, pues no contaban con el calzado necesario.

—Mamá, ¿qué te parece si oramos a Jesús para que nos mande un par de zapatos a cada uno? —dijo el pequeño de cinco años.

La madre lo miró a los ojos. Vio en ellos toda la inocencia de la infancia, toda la dulzura de la fe pueril que todo lo espera.

Y en ese frío viernes de noche de 1959, seis fervientes ruegos se elevaron al Padre celestial. Comenzaron en rueda, orando uno por uno. Palabras sencillas y entrecortadas que hacían brotar silenciosas lágrimas de los ojos maternos. Cada uno pidió que por favor, a la mañana siguiente, pudiesen asistir al culto.

¡Qué lección de fe! "De cierto os digo, que si no os volvéis y os hacéis como niños, no entraréis en el reino de los cielos" (Mat. 18: 3). Esa confianza que no duda. Esa fe que no teme, pues cree plenamente que es fiel el que lo prometió y seguramente va a cumplir, como siempre lo ha hecho. ¡Esa fe de niños! Las vueltas de la vida, los golpes de los años van desdorando nuestro cielo infantil, deshojando la rosa de la inocencia, esparciendo los pétalos de la ilusión por el duro camino de la pena.

Continúa la plegaria. ¡Unos golpes! Todos abren los ojos hacia la puerta

cerrada. Pensamientos de los más diversos y extraños invaden el alma de la afligida madre. La noche es fría y oscura, como la pena que anida en su pecho. Por un instante todos quedan inmóviles.

—Ahí llegan los zapatos —dice el pequeño de cinco años, incorporándose de un salto con la seguridad del que confía.

Sin esperar siquiera que su madre o sus hermanos reaccionen, abre la puerta de par en par. Una ráfaga de viento helado penetra en la sala, y con ella se presenta un pequeño de doce años con cinco cajas en sus manos.

—Esto les manda mi mamá —dice tratando de buscar el calor del brasero encendido.

Seis pares de ojos se encuentran sin poder expresar palabras, pero lo dicen todo. ¡Fe de gigantes que logra mover montañas!

Ese sábado, seis miembros felices ingresaban al templo alabando a Dios. Aquel muchachito que vivía a tres kilómetros fue el instrumento que el Señor utilizó para recompensar la fe de esos niños y de esa madre. Sí, es verdad que el padre de ese niño tenía un taller de armado de calzado. Pero, ¿quién inspiró a esa familia para que justamente, en ese frío viernes de noche, en el preciso momento en que se oraba por los zapatos, éstos llegasen?

"No he visto justo desamparado, ni su descendencia que mendigue pan" (Sal. 37: 25). ¡Cuánta razón tenía el salmista! Pero esto no es simplemente una linda historia para contar a los niños. ¡No, claro que no! Porque esos niños de esta historia, hoy son hombres de bien, pastores, profesores, que recuerdan este incidente con cariño y reverencia. Doña Edith también lo recuerda con dulzura. Me lo contó un sábado de tarde. El tiempo dibujó con cenizas el paso de los años en su cabello cano. ¡Oh, madres de Israel. . .! ○

# Inocencia en la montaña

Otilia de Stanghellini

El mes de junio corría con sus días fríos y grises. En el salón de actos de la escuela terminaba la fiesta de la cooperadora, y mientras todos conversaban y reían, alguien pidió silencio a los presentes y dijo con voz persuasiva y preocupada: "Señores, necesitamos llegar al corazón de Uds. con un serio pedido. Hace falta un hogar provisorio para una niña que en estos momentos pasa por una situación apremiante. Si hay aquí una familia que pueda tender la mano a esta niña, que lo haga ahora".

Mi esposo susurró a mi oído: "Llévemola nosotros, levanta la mano".

Así lo hice y quedamos de acuerdo en que al día siguiente nos llevarían a la niña.

El día amaneció más frío que de costumbre y mi corazón de madre golpeaba de impaciencia en mi pecho por la nueva hija que ese día ocuparía por primera vez nuestro hogar.

A las once sonó el timbre y, acompañada por la persona encargada, llegó Raquelita con sus negros ojos y una sonrisa que iluminaba su carita con tierna timidez. Todo su equipaje era una bolsa de papel de mercado conteniendo pequeñas cosas sin importancia. Sus pies sin medias decían claramente que necesitaba abrigo para su cuerpecito y para su corazón, frío por el desamparo y el olvido.

Con sus tristes once años llegó dulce y mansa. Sólo una vez tuve que enseñarle el cuidado personal para ser una niña limpia y ordenada. Jamás vi a alguien que supiera tan poco de todo. ¡Claro, ella era un diamante sin pulir, un ser sin la contaminación de las grandes ciudades! Traía en la retina de sus ojos y en su corazón todo lo majestuoso de la cordillera de los Andes, donde había pasado su niñez.

Sus sencillas palabras lo decían todo, pintando el más imponente cuadro que dentro de su ser llevaba. Cumbres nevadas, manantiales de agua cristalina que buscaban con sonido uniforme el verde valle. Blancas ovejitas y cabritos inquietos que saltaban de un lado a otro. Avestruces que no se cazaban con modernas escopetas, sino simplemente con boleadoras. Así contaba Raquelita de su lugar natal, casi con orgullo inocente y sano.

Cierto día vi cómo contemplaba embelesada la muñeca que adornaba la cama de mi hija, de su misma edad. Sus manitas extendidas no atinaban a tocar la muñeca. Le dije que la tomara y jugara con ella, pero me contestó:

—¡No! Puede enojarse Anita, porque es de ella.

Entonces se clavó en mi mente una duda y le pregunté:

—¿Nunca tuviste una muñeca?

Y ella, sacudiendo su cabecita cubierta de rulos azabaches, contestó:

—Nunca, nunca.

Desde ese día mi pensamiento sólo era poder comprar una muñeca para Raquelita. Le conté a una amiga lo que pasaba y ella, bondadosa, puso en mi mano la mitad del dinero para el regalo tan deseado. Yo puse la otra mitad, nadie lo supo jamás, y entonces ocurrió el milagro.

Coloqué la hermosa caja de colores con un gran moño rojo en manos de Raquelita.

—Esto es tuyo —le dije—. Dos personas que te quieren mucho te lo compraron.

Ella, mirándome con ingenua desconfianza, preguntó:

—¿Es mío? ¿Es para mí?

—Sí —contesté.

Y con manitos temblorosas colocó la caja sobre la mesa, sin saber cómo ni por dónde sacar la cinta. Cuando logró quitarla, levantó la tapa suavemente y, llevando sus manos a la boca, ahogó una exclamación de alegría y asombro. Nunca nadie podrá imaginar una escena tan tierna.

No se animaba a tocarla para no estropearla. Cuando la convencí de que la tomara en sus brazos, mis pobres ojos estaban nublados por indiscretas lágrimas de emoción y felicidad por la dicha de brindar, junto con mi buena amiga, tanta alegría a un ser a quien la vida le había negado algo tan simple como una muñeca.

La pequeña colocó la muñeca en la caja, la apoyó en el respaldo de una silla, se arrodilló en el piso cruzando los brazos alrededor del asiento, recostó su cabecita y se quedó dormida mirando la muñeca. Embriagada de

asombro y de dicha, se sentía dueña del mundo.

Cuando el almuerzo estuvo listo y la mesa preparada, con cuidado maternal le toqué el hombro.

—Es hora de almorzar —le dije—. ¡Despierta!

Ella abrió sus lindos ojos, pasó sus manitas por ellos y contestó:

—¡Es verdad! ¡Yo creía que era un sueño! ¡Tengo una muñeca sólo mía!

Pasaron algunos años. Raquel, lejos de mi ciudad, se educaba en un colegio cristiano donde se forjaban hombres y mujeres de bien para enfrentar la vida. Un día, mientras yo caminaba por el parque de dicho colegio, alguien se acercó y me abrazó con mucho cariño. Era aquella Raquel que un frío día de junio llegó a mi hogar. Toda una señorita, siempre sonriente y con sus mismos ojazos negros, me dijo:

—¿Sabe una cosa? Todavía tengo la muñeca en la caja, la cuido mucho y está nuevecita como el día en que me la regalaron.

Hoy es la señora Raquel, tiene su propio hogar y una muñeca de carne y hueso que el Cielo le regaló. Tal vez algún lector pasó junto a ella muchas veces sin imaginar que esa joven señora guarda en lo mejor de su corazón el día feliz en que su sueño de niña se hizo realidad.

Aún quiere llevarme a su lejano hogar en la cordillera. Sigue llevando en la retina de sus negros ojos el mágico paisaje de sus blancas cumbres y el murmullo de las vertientes cristalinas puras. Tal vez muchas veces, al cerrar sus ojos por las noches, desfilan por ellos los inquietos cabritos y las mansas ovejas que dan nombre al paraje donde vivió. ○

---

Desde ese día mi pensamiento sólo era poder comprar una muñeca para Raquelita.

---

# Fe de niños

Daniel Liernur

La tristeza golpeó con fuerza a la Puerta de aquel hogar de Uruguay. La muerte se robaba otra víctima, se burlaba de las lágrimas de cinco criaturas y de una mujer que poseía una voluntad de acero. La vida de un esposo era muy necesaria en ese pequeño mundo que, hasta ese momento, había sido dechado de paz y de alegría, donde nada parecía anunciar que los negros nubarrones de la pena fueran a enlutar el cielo de la dicha.

La realidad les abofeteó el rostro a los seis. Cómo se puede enfrentar la vida cuando el desamparo deja cinco hijos, de uno a diez años, y ningún sueldo. La cruda verdad parecía talar el corazón de esa angustiada madre. Pero se propuso que, con la ayuda de Dios, saldría adelante sin permitir que la desesperación hiciera estragos en ese hogar ya deshecho. Jamás se perdonaría a sí misma, aunque fuera por un solo instante, bajar los brazos. Porque bien sabía que la miseria dispersaría sin piedad los restos de ese hogar que tenía a su cuidado.

El crudo invierno de 1959 se iba arrastrando lentamente, como si le costase transitar por las veredas del tiempo. Los días eran demasiado cortos para ganar el suficiente dinero; las

noches, demasiado breves para recuperar las energías perdidas. ¿Era que Dios se había olvidado que existía esa pobre familia? ¿Acaso estaban condenados a sufrir hasta que la muerte les diese el último consuelo?

Ella, con la tenacidad que sólo una madre puede tener al ver a sus propios hijos pasar privaciones, continuaba su lucha desesperada. El sustento de ese pequeño puñado de flores que la llamaban mamá pesaba sobre sus hombros y humedecía sus mejillas. El trabajo era duro y agotador; ella no preguntaba cuánto debía sufrir, sino que arremetía con porfía a la tarea, sin quejarse. ¡Oh, mujeres de valor, ignoradas por los grandes que hacen historia!

Cada día comenzaban las tareas invocando la ayuda de Dios, y de la misma forma concluían la jornada. Siempre tenían lo justo, solamente lo justo, para cada día. Los sábados, la familia entera se congregaba en la iglesia para adorar a Dios. Allí aprendieron a confiar en el Señor que todo lo conoce y que todo lo puede.

Pero, como es cierto que en la vida no hay nada eterno, los zapatos de los niños pronto se gastaron. Ya no era cuestión de pasarles betún o sacarles brillo para que parecieran nuevos.



# Vivir a capella

Sin el acompañamiento de la oración metódica y el estudio de la Palabra de Dios nuestra vida puede desafinarse sin que nos demos cuenta.

**C**uando era estudiante en la Academia de Mountain View, en California, cantaba en un coro que desplegaba más entusiasmo que habilidad. Pocos de entre nosotros habían tenido formación musical, pero como nuestras voces no eran particularmente molestas, más o menos armonizábamos y generalmente los cantos salían bien. Con un pianista competente como director, no andábamos tan mal.

Dejaremos al director en el anonimato para la protección de su reputación y su paz

## Gary B. Swanson

mental. Cuando me gradué prometí que nunca diría a nadie que había cantado en su coro. Era lo menos que podía hacer. En realidad, pienso que nos destacamos en nuestro viejo y querido colegio por haber recibido el menor número de invitaciones para cantar en las iglesias de alrededor. Rápidamente se había corrido la voz de nuestra habilidad, o la falta de ella. Y esto no era culpa del pobre director.

Una canción especial de nuestro repertorio requería que la cantáramos *a capella*, esto es, sin acompañamiento de ningún instrumento musical. El director tuvo que explicarnos qué significaba este término. Al principio pensé que esa expresión era el título de alguna nueva pieza de música como "El vuelo del moscardón" o la obertura de "Guillermo Tell". Después de todo, me había unido al coro a causa de que se había insinuado que tal vez iríamos a Disneylandia en un viaje de primavera.

Cantar a capella suena bien en teoría. El pianista tocó un acorde y nosotros nos introdujimos valientemente en la canción, cantándola lo mejor que pudimos. Recuerdo que el director solía juntar suavemente sus dos dedos para dar fin a la canción, como si fuera a pellizcar a la música. La canción terminaba con un hermoso acorde en el que tratábamos de armonizar nuestras voces de la mejor manera posible. Entonces, el pianista tocó el acorde final que se suponía que debíamos cantar y descubrimos con desesperación que estábamos una nota y media por debajo del tono debido. Sin piano que ayudara a mantener el tono, nos habíamos desviado gradualmente a una nota que nos parecía correcta. Pero cuando la comparamos con la que debía haber sido, nos dimos cuenta que habíamos desafinado notoriamente.

### El peligro de extraviarse

Así sucede demasiado a menudo en la vida del cristiano. Cuando usamos a otros como guía para armonizar nuestra vida con ellos, corremos el riesgo de extraviarnos o desviarnos del camino. Yo tenía el talento no intencional de guiar al resto del grupo de barítonos por territorios inexplorados del mundo de la música. Me escuchaban a mí en vez de escuchar al piano.

En toda situación escolar existe el peligro de que hagamos dos clases de autocomparaciones. Primero, uno puede compararse a sí mismo con el alumno modelo. Ustedes saben lo que esto significa: el que saca las notas más altas, tiene buena presencia y anda derecho en todas las cosas. No hay nada malo con estas características. Debiéramos admirarlas. Pero compararnos con el alumno modelo usualmente nos trae

sentimientos de incapacidad, y a Satanás le gusta cuando la gente se siente incapaz.

En segundo lugar, uno puede compararse con el que copia en los exámenes de historia, dice palabrotas en los vestuarios o viene a clases con olor a cigarrillos. Esta comparación puede inducirnos a un falso sentido del orgullo. Recordemos la oración del fariseo en Lucas 18: 11, 12.

Algunas veces aun un cristiano puede pasar por la vida sin mantenerse en tono con Cristo. Puede vivir una vida que le parece buena pero, sin el acompañamiento metódico de la oración y el estudio de la Palabra de Dios, su vida puede desviarse del tono sin que se dé cuenta.

“Hay caminos que al hombre parecen derechos —escribió Salomón— pero el fin de ellos es camino de muerte” (Prov. 14: 12). Salomón sabía qué estaba diciendo porque él se había salido del tono por un tiempo. Si un cristiano ha de vivir una vida de armonía con Jesús debe buscar diariamente la dirección de Cristo. Es el único modo de permanecer en tono sin desafinar. ○

Cuando usamos a otros como guía para armonizar nuestra vida con ellos, corremos el riesgo de extraviarnos o desviarnos del camino.

de los niños se atreve a decir la oración. El mensajero del rey trata de aparentar tranquilidad, pero no puede. Muy nervioso, llena su copa, pero derrama su contenido en el mantel. Luego apura el trago y se levanta de un salto.

—Señor, dadme ahora un lugar donde dormir. Estoy muy cansado.

Mientras un siervo lo guía, el mensajero del rey echa una mirada hacia atrás y ve a los niños cuchicheando al oído de su padre. Luego, con paso vacilante, sigue al siervo que le alumbrá el camino hasta una habitación de la torre. Una vez allí, atranca la puerta con cerrojo, prueba su espada y su arcabuz y los deja al alcance de su mano. Ha decidido pasar la noche en vela, pues como buen soldado sabe que no debe descuidarse. . .

Afuera llueve torrencialmente. Adentro, crujen el entrepiso y la escalera. El pánico lo invade y confunde los latidos de su corazón con los ruidos que le llegan del exterior. ¿No retumban unas pisadas? ¿No se desliza alguien sigilosamente por allí? Su oído lo engaña. Sobre sus párpados parece que pesara plomo y, ya pasada la medianoche, se recuesta en el lecho. El monótono canto de la lluvia lo adormece y sueña: Una mujer noble lo mira serenamente. “¿Dónde está el noble? ¡Habla! ¡Dinos dónde se encuentra! ¡Con tu vida pagarás si no hablas!” Sólo el silencio le responde. Enardecido, la arrastra hasta el fuego. Dos pies se retuercen en las brasas. De en medio del chisporroteo de los leños salta un mar de fuego que lo envuelve. . .

—¡Despierta! Hace rato que deberías estar en camino. Ya es de día.

El mensajero del rey se incorpora de un salto, llevando instintivamente la mano a su espada. El noble está parado a su lado. Ha penetrado en la habitación por una de las puertas secretas.

Poco después dos jinetes avanzan por el camino que rodea al castillo. El noble acompaña al mensajero del rey. Ni un soplo turba la quietud de la mañana. Como mudos testigos de la tormenta que sacudió la noche, astillas y restos de ramas atraviesan el sendero. Las avejillas madrugadoras comienzan a cantar. Tenués nubes cruzan el cielo, como ángeles que regresan de una guardia nocturna. El negro camino respira fuerte olor a tierra. Delante de los jinetes se abre la llanura. Por el campo cruza un arado.

El mensajero del rey espía por el rabillo del ojo a su compañero y finalmente le dice:

—Señor, vos sois un hombre sabio y lleno de prudencia. Sabéis que yo pertenezco al rey más poderoso de la tierra. Que os vaya bien. Hasta nunca.

La respuesta llega serena:

—Tú dices “pertenezco al rey más poderoso”, y no sabes que yo sirvo a un Rey que está por encima de todos los reyes de la tierra. Hoy me fue muy duro servirle. Diabólicamente asesinaste a mi mujer, y sin embargo vives, pero “mía es la venganza” dice Dios.

Y volviendo grupas, el noble se encaminó a su castillo. La dulce quietud que reinaba en la mañana había entrado también, por fin, en su alma. ○

Yo sirvo a un Rey que está por encima de todos los reyes de la tierra. Hoy me fue muy duro servirle.

Corría el año 1573. Francia era el escenario de las luchas entre católicos y hugonotes. Enrique I, duque de Guisa, envió un contingente de soldados a la Bretaña en busca de un noble caudillo de los hugonotes. El capitán de los soldados, hombre recio y decidido, había tomado todas las precauciones del caso para apresar a su enemigo. Inexplicablemente, la noticia de su llegada lo había precedido, dando tiempo al caudillo para que se ocultara en un reducto secreto del castillo, eludiendo así la ira de sus perseguidores.

Cuando los soldados entraron en el castillo donde pensaban encontrar a su presa, descubrieron con furor que ésta se había escapado. Luego de un minucioso registro de los alrededores se reunieron para deliberar en la sala del castillo. Allí también estaban la esposa y los hijos del noble caudillo, arrancados de sus lechos en esa noche fatídica. En medio de un tenso silencio, el capitán caminaba por la sala dando grandes pasos, sin poder dominar su ira y desilusión. Pensaba en lo que le diría su superior por haber dejado escapar a su enemigo. Repentinamente se le ocurrió una idea: Aunque el señor del castillo había huido, allí estaba su esposa. Ella seguramente sabía dónde estaba el prófugo. ¡Claro! En sus manos tenía la punta del ovillo y no desaprovecharía esa oportunidad para encontrar lo que deseaba. Se paró repentinamente en medio de la habitación, y volviéndose hacia donde estaba la mujer, la increpó:

—¿Dónde está el noble? ¡Habla!

Solamente el silencio le respondió. Dio unos pasos hacia ella con el rostro descompuesto de furor y volvió a preguntar:

—¡Dinos dónde se encuentra! ¡Tú lo sabes! ¡Confiesa!

El rostro de la mujer estaba muy pálido; sus ojos, agrandados por el temor. Pero nuevamente respondió con el silencio. El capitán no pudo

contenerse. La obstinación de la mujer lo enardeció. La tomó de un brazo, la arrastró al hogar, y hundiéndole los pies desnudos en medio de las brasas ardientes, volvió a preguntarle:

—¡Dinos dónde se esconde!

¡Responderás con tu vida si no hablas!

El rostro de la mujer se descompuso de dolor. Su cuerpo se retorció entre las manos de su verdugo, pero selló sus labios para no responder.

Compasivamente un soldado sacó de la sala a los niños que lloraban con desesperación, mientras continuaba el interrogatorio en esa noche de pesadilla. . .

Hacia el amanecer, los soldados partieron de allí sin haber podido obtener la información que buscaban. Dejaron detrás de sí a una mujer agonizante y un par de niños descuidados.

Han pasado tres años y ahora se encuentra nuevamente en este castillo, como mensajero del rey. Cegado y desorientado por la tormenta, habiendo perdido el camino, ha llegado hasta el castillo solamente por equivocación. Mientras sus ojos alucinados contemplan el fuego del hogar y su mente revive esa otra horrible noche, se recrimina: "¡Necio! ¿No viste el escudo antes de entrar? ¿Quién te mandó meterte aquí? ¡No te hagas ilusiones! ¡Esta noche se vengarán de ti. . .!"

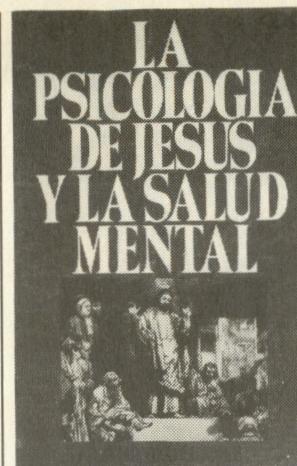
En ese momento, el noble entra en la sala e, interrumpiendo los pensamientos de su huésped, dice:

—¿Sueñas, hombre? Ven, vamos a comer.

Al mismo tiempo, entran en la habitación dos niños vestidos de negro. Ven al capitán, vacilan y quedan como clavados en su sitio con la mirada aterrorizada fija en el huésped.

A una orden del noble todos se sientan a la mesa, mientras la anciana ama de llaves sirve de comer. Ninguno

## LIBROS



### LA PSICOLOGIA DE JESUS Y LA SALUD MENTAL

Por **Raymond L. Cramer**,  
Miami, Editorial Caribe,  
1976, 191 págs.

Un libro escrito con un estilo ameno, bien ilustrado y fundamentalmente claro.

El Dr. Cramer expone el método que empleaba Jesús, el Psicólogo por excelencia, para penetrar en la persona humana y llevar al hombre al punto más alto de integración psíquica. Presenta la metodología del Maestro mediante un análisis profundo de las enseñanzas extraídas del más poderoso sermón que haya sido predicado alguna vez: el Sermón del Monte.

El problema de la ansiedad, la ira reprimida, la angustia, la obsesión, la inseguridad, etc. (el común denominador de la personalidad del hombre contemporáneo) es tratado por el autor con delicado tacto, presentando a su vez la fuente de toda libertad y paz interior: las enseñanzas del Maestro que convierten el alma.

En fin, un libro para leer y recomendar, pues se presentan nuestros problemas desde una psicología cristocéntrica. R. B.



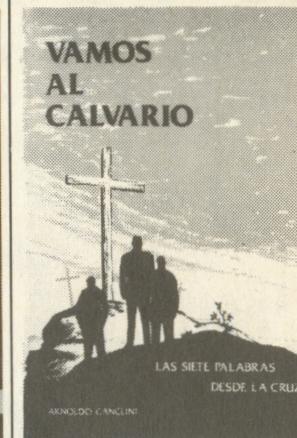
### ¿TIENE DIOS ALGO PARA MI?

Por **Esther I. de Fayard**  
Asociación Casa Editora  
Sudamericana, 1979,  
153 págs.

Un libro estructurado con un definido propósito didáctico: darnos a conocer la doctrina bíblica. La autora logra este objetivo mediante un relato ágil, ameno e ilustrado con las experiencias de su propia vida. Un libro escrito con la razón y el corazón. Con la lógica de una exposición clara y precisa de la doctrina evangélica y a la vez con el calor de la vivencia existencial. De ahí la fuerza de su narración.

A través de sus capítulos, la autora logra hilar un sólo pensamiento central: Dios tiene algo para cada uno de los jóvenes de este mundo en crisis. La felicidad consiste en conocer ese plan y asimilarlo a la vida práctica.

Un libro para recomendar a todos los jóvenes, especialmente a los que desean introducirse en el conocimiento del plan de Dios para sus vidas. R. B.



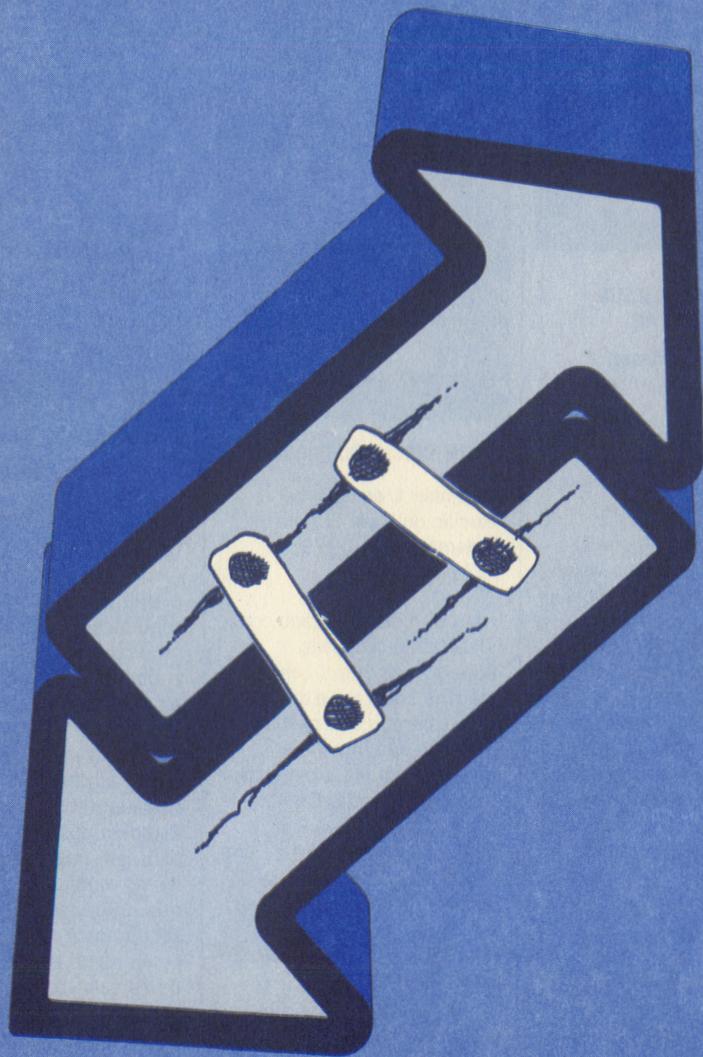
### VAMOS AL CALVARIO

Por **Arnoldo Canclini**  
Casa Bautista de  
Publicaciones, El Paso,  
Texas, 1980, 31 págs.

Una obrera de profundo contenido espiritual. Arnoldo Canclini desarrolla y analiza las últimas palabras —registradas en la Escritura— que Cristo pronunció antes de morir, mientras permanecía colgado del madero. También apela al lector para que haga un análisis de su condición espiritual, que reflexione acerca del sacrificio de Cristo, y que se entregue para participar de su salvación.

Esta invitación que hace el autor es una constante en el libro que tiene como mérito, además, la originalidad del tema: sólo las últimas frases del Señor sufriente. Muy recomendable. R.E.

# NINGUNO PUEDE A DOS SEÑORES



Un joven profesor universitario cristiano se acercó un día al director de un seminario diciendo: "Quisiera dejar mi cátedra para dedicar todo mi

tiempo a trabajar para el Señor". Este catedrático revelaba en su planteo una presuposición o prejuicio muy difundido: sólo se puede servir *realmen-*

y el chisporroteo de los leños; luego reparan en el escudo que pende de la pared sobre el hogar. Lo reconoce inmediatamente: siente que un sudor frío le recorre la espalda. . . Una ola de pánico lo invade. Se levanta con el impulso de huir de aquel lugar pero, como si se burlara de él, la tormenta arrecia aún más con su furor. ¿Cómo huir? Ya no cuenta con su caballo

porque fue llevado al establo por el noble del castillo. Vuelve a sentarse. Su mente afiebrada retrocede a aquella noche de pesadilla. Sus ojos consternados parecen ver los pies que se retuercen en el fuego. . .



En una noche oscura, mientras la tempestad ruge salvajemente, un jinete solitario lucha con su cabalgadura, obligándola a marchar. La lluvia torrencial ciega la vista y el frío cala hasta los huesos. El viento los envuelve y los empuja hacia un costado. De repente, a la luz de un relámpago, alcanza a ver la severa silueta de un castillo. Los truenos retumban, escalofriantes, y él hostiga al animal con renovado brío, esperando encontrar refugio acogedor en el interior de la fortaleza. Por fin llega. Siente que sus piernas no pueden sostenerlo mucho tiempo más debido al esfuerzo realizado, pero sostiene de la brida al asustado caballo mientras golpea ruidosamente el portón.

Por una ventanita enrejada llega un rayo de luz. El portón gira chirriando

sobre sus goznes y un noble aparece en la puerta. El viajero dice con voz firme:

—Soy un siervo del rey, enviado como mensajero. Dadme albergue en nombre del uniforme real que llevo puesto.

—No me interesa tu ropa. La tormenta arrecia y tú eres mi huésped. Pasa y caliéntate. Deja, yo atenderé a tu animal.

El jinete pasa a una sala oscura, alumbrada sólo por el fuego del hogar. A la luz de los tizones, reconoce en los cuadros la figura de un hugonote enfundado en su armadura, y la de una noble mujer sencillamente ataviada.

El mensajero del rey se deja caer pesadamente en un sillón frente al hogar. Sus ojos contemplan las llamas

# SERVIR

## Rolando Itin

te a Dios si se trabaja tiempo completo para la iglesia; el trabajo diario, secular, es un estorbo en el cumplimiento de la misión del cristiano.

De aquí que muchos piensan que un pastor puede irse a dormir tranquilo por las noches, reflexionando en todo lo que pudo hacer para Dios durante el día, mientras consideran que un empleado, o aun un hombre de negocios independiente, debe sentirse culpable por poder dedicar sólo unas pocas horas por las noches o los fines de semana a servir a su Señor.

Algunos hasta llegan a preguntarse: "¿No sería mejor que dejara mi trabajo para dedicarme de lleno al servicio de Dios?" En realidad, no hay nada de malo ni en la pregunta ni en el deseo de servir a Dios en forma más efectiva. Pero tal vez la pregunta esté revelando la actitud de quien siente que está sirviendo a dos señores cuando quisiera servir a uno solo. Jesús, hace mucho tiempo, nos dijo: "Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro" (Mat. 6: 24). Lo que ocurre es que muchas veces vemos nuestra vida como dividida en dos partes: una que se refiere a todo lo sagrado, lo espiritual, lo celestial, y la otra que atiende las cosas terrenales, profanas, seculares.

Al pensar de esta manera estamos reflejando un resabio del pensamiento filosófico griego, que dividía así todas las cosas, y que nos ha llegado como parte de nuestra cultura occidental. Pero la verdad es que esta dualidad conduce al cristiano a un estado de inestabilidad, a una situación de conflicto interior. Por una parte siente que necesita trabajar para sostenerse a

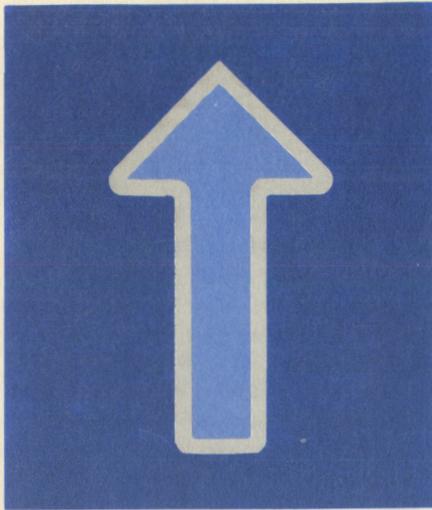
sí mismo y a los suyos; y por otra, quisiera dedicar todo su tiempo para servir al Dios que tanto lo amó. Y este conflicto puede desembocar en dudas e inseguridad que resultan muy perjudiciales para el cristiano. Debemos reconocer, entonces, que nuestro problema tiene que ver con nuestra visión del mundo y lo que nos rodea, y en particular, con nuestra visión del trabajo. Hemos considerado el trabajo como lo han pintado las enseñanzas religiosas humanas: como algo terrenal, centrado en el hombre. Pero tendremos que considerarlo desde el punto de vista de Dios si queremos salir de la inestabilidad, la incertidumbre, la duda y la inseguridad.

Nos volvemos naturalmente hacia la Biblia. Encontramos que en sus primeros capítulos se nos muestra el "trabajo" de Dios al crear nuestro planeta con todo lo que hay en él. Todo lo que hizo Dios lo encontró "bueno en gran manera" (Gén. 1: 31). A nuestros primeros padres les entregó el dominio de la tierra y la orden: "Sojuzgadla y señoread" en todo lo que hay sobre ella (Gén. 1: 28). Esto, por supuesto, implica la necesidad de conocer las obras de Dios en la naturaleza, lo cual es, en última instancia, la base y razón de ser de la ciencia. Al hombre mismo Dios le asignó como su tarea la de labrar el huerto y guardarlo (cap. 2: 15). Sin duda, el trabajo de Adán y Eva debió de ser placentero y en consonancia con las condiciones de ese entonces. El pecado trastornó la situación ideal existente, pero no los planes de Dios. Después de la caída el trabajo fue más duro y exigente, pues requirió ganar el sustento con el "sudor de su frente" (cap. 3: 17-19). Podemos concluir, entonces, que Dios fue realmente el "inventor del trabajo".

Después de la caída, Dios sigue conservando su derecho de propiedad sobre la tierra y todo lo que contiene, a pesar de las pretensiones del usurpador. "De Jehová es la tierra y su pleni-

# VENGANZA

Adaptado por Carlos F. Steger



tud, el mundo y los que en él habitan". "Mía es la plata, y mío es el oro, dice Jehová" (Sal. 24: 1; Hab. 2: 8). Todo pertenece a Dios.

Dios advirtió al antiguo Israel: "Cuídate de no olvidarte de Jehová tu Dios. . . no suceda que comas y te sacies. . . y todo lo que tuvieses aumente. . . y digas en tu corazón: Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza" (Deut. 8: 11-18). El quería que los israelitas recordaran que Dios es el dueño de todo, y que entrega sus bienes a los hombres para que los administren. Por otro lado, para Dios no existe separación entre lo sagrado y lo profano, puesto que El es el creador de todo lo que existe. Es cierto que el pueblo olvidó esta unidad, y Dios tuvo que enseñarles que hay algunas cosas que son especialmente sagradas y que deben tratarse con profundo respeto. Pero al referirse al pueblo, Dios les pidió que fueran "santos, porque yo soy santo" (Lev. 11: 45). Sin duda esto abarcaba toda su vida, y no solamente el ejercicio de su religión. Es decir, debía incluir su trabajo y demás actividades.

En el Nuevo Testamento se insiste en una idea similar en diversos pasajes. "Todas las cosas —dijo Jesús— me fue-

ron entregadas por mi Padre" (Mat. 11: 27). El cristiano puede hacer todo, "sea de palabra o de hecho. . . en el nombre del Señor Jesús, dando gracias a Dios Padre por medio de él" (Col. 3: 17). "A los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien" (Rom. 8: 28), es la afirmación de Pablo. Es evidente que el trabajo diario está incluido entre esas "todas las cosas", "todo".

Puesto que todo, incluso el trabajo, pertenece a Dios, cualquiera sea nuestra tarea, trabajamos para Dios. Esto incluye los trabajos que hacemos para los hombres, ya que ellos son agentes de Dios para la administración de sus bienes. Y aunque no sean cristianos ni reconozcan la soberanía de Dios, son responsables ante El y le tendrán que rendir cuentas en su oportunidad. Con mayor razón si los hombres lo reconocen como su Señor. Es decir, si reconocemos que trabajamos para Dios en última instancia, no tendremos más problemas con tratar de servir a dos señores. Estaremos sirviendo a uno solo: al Señor. Tampoco tendremos problemas con el trabajo a desgano, hecho con deficiencia, o a medias.

Por otro lado, la Biblia nos dice que debemos amar a Dios con "todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas" (Mar. 12: 33). Amarle es servirle. Servirle es trabajar para El. Pero hay muchas maneras y medios de servirle. A veces pensamos que sólo sirve a Dios quien ha sido apartado para el ministerio de la predicación y dedica todo su tiempo a esa tarea. El apóstol Pablo fue apartado para esa obra (Hech. 13: 2, 3), y sin embargo más de una vez Pablo usó sus manos para sostenerse: trabajó como fabricante de tiendas, o carpas, pues ese era su oficio (Hech. 18: 3; 1 Cor. 4: 12). Pero eso no le impedía ni le estorbaba en su tarea de predicación. Incluso pudo ayudarle a alcanzar a algunos que de otra manera no lo hubieran escuchado.

# ROBO

Mike Grant

## Escena I

Me golpeó en la cara, me pateó las canillas y me rompió los anteojos.  
Me robó mi dinero. Luego huyó corriendo.

Fui al médico, y en una semana estuve bien. La policía recuperó el dinero. Al fin y al cabo, no había perdido nada.  
El hombre que me asaltó fue sometido a juicio. Su acto fue considerado un crimen, y él un criminal. Quedó marcado para el resto de sus días.  
Para mí, el incidente estaba cerrado.  
Para él, nunca podría cerrarse.

## Escena II

Alguien, a quien nunca me habían presentado, que jamás me había visto ni me había dirigido la palabra, alguien que no me conocía, habló de mí, a mis espaldas, palabras que nunca llegué a escuchar. El curso de mi vida cambió. Fui forzado a apartarme de lo que era mi vocación. Tuve que vender mi casa. Me convertí en un vagabundo. Perdí todo aquello por lo que había luchado en mi juventud. No me alcanzaría una vida para recuperarlo.  
Pero ese hombre no fue considerado un villano. Su acto no era un crimen. Simplemente, un incidente más en la vida de un "buen" hombre.

Para él, el incidente estaba cerrado.  
Para mí, nunca podría cerrarse.

## EPILOGO

"El que roba mi bolsa, roba basura. . .  
Pero el que hurta mi buen nombre,  
Roba algo que no lo prospera,  
Y me hace realmente pobre".  
—Shakespeare.

como a uno le venga en gana. La cortesía implica evitar herir u ofender a los demás.

Ralph Waldo Emerson observó que las buenas maneras están constituidas por sacrificio. Y el problema es que en estos tiempos parece no haber muchos dispuestos a hacer sacrificios. Pero el ser "caballeros" (y esto recuerda los tiempos en que los modales finos y la cortesía eran de rigor) está basado en el principio de que los más fuertes deben proteger y ayudar a los más débiles e, inversamente, no deben usar su fuerza para salirse con la suya. Aun cuando una fuerte corriente social contemporánea lucha por la igualdad de los sexos, la cortesía se basa en el respeto por los demás.

Las formas en que se expresa la cortesía pueden variar con el tiempo, del mismo modo como varían las costumbres sociales. Pero su esencia sigue siendo la misma: la consideración y el respeto por los demás. Si esta consideración surge de un sentido del valor infinito

de la otra persona, resultado de reconocer que nuestro Señor también murió para salvarla, la cortesía será verdadera, porque es producto del amor. Y no resultará difícil manifestarla en actos externos, sencillos, diarios. Respetarás los sentimientos y el bienestar de la otra persona. Más todavía, harás todo lo que esté de tu parte para buscar ese bienestar. Eso es verdadera cortesía. Pero hacerlo exigirá autodisciplina, abnegación y humildad, virtudes que parecen estar pasadas de moda en estos tiempos.

El joven o la señorita cristianos se distinguirán desde lejos por su cortesía. Aun cuando vistan con los mismos **jeans** que todos los demás, tendrán ese "no sé qué" que los hará sobresalir de la multitud. Ese amor de Cristo en sus corazones se materializará en pequeños actos de cortesía, que tal vez no se estilan ya, pero que sorprenderán agradablemente a todos. Incluso a los otros jóvenes que no esperan esas atenciones. Y estarán

dando su testimonio en el círculo en que desenvuelven su "vida joven al estilo cristiano".

En este número incluimos otros cuatro trabajos escritos por nuestros lectores. ¿Verdad que hay talento entre ellos? Estos son: **Fe de niños, Sólo me detuve a pensar, La "pé" e Inocencia.** Los otros artículos creemos que te resultarán interesantes también.

Sin duda no pasarás por alto nuestro llamado al **Concurso Juventud 83.** Otra vez te damos la oportunidad de expresarte por escrito con un tema, un relato, un ensayo o una parábola o alegoría. Sin duda habrás leído en los números de febrero a junio lo que escribieron algunos de nuestros lectores; esto te puede dar una idea de lo que tenemos en mente. Tienes tres meses para que tu trabajo nos llegue. Tal vez ya estuviste pensando y escribiendo. ¡Adelante! Esperamos tu contribución, apenas la tengas lista y revisada. Hasta el mes próximo.

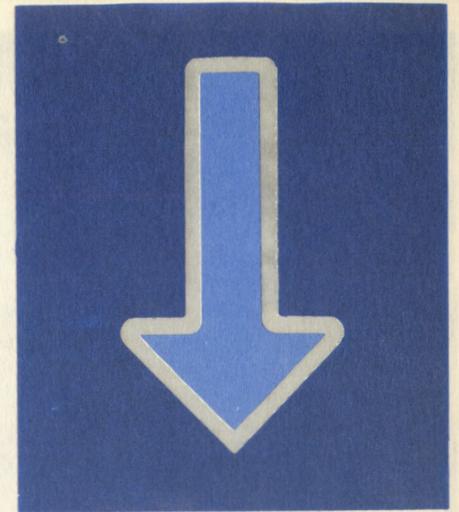
—El director.

Más todavía, el apóstol Pablo recomienda definitivamente a los creyentes de Tesalónica: "Que procuréis tener tranquilidad, y ocuparos en vuestros negocios, y trabajar con vuestras manos de la manera que os hemos mandado" (1 Tes. 4: 11). "Si alguno no quiere trabajar, tampoco coma" (2 Tes. 3: 10). Es decir, el trabajo no sólo es algo digno, sino necesario para los creyentes. Y en ningún momento hace la menor insinuación de que ese trabajo pudiera estorbar la acción misionera de esos creyentes.

Es que la Biblia no hace distinción entre trabajos seculares y trabajos religiosos. Dios mismo dio diferentes dones, talentos y capacidades a los hombres (Rom. 12: 6-8), no todos religiosos en sí mismos, a fin de que fueran usados para "perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo" (Efe. 4: 12). Debemos notar que los santos (los cristianos) tienen la obra del ministerio y no sólo los apóstoles o pastores y maestros. Es decir, Dios espera que cada uno desempeñe su parte en la gran misión que dejó a su iglesia en la tierra, de acuerdo con sus capacidades y con el lugar donde le toca ejercer su profesión.

Por esto, todo trabajo tiene sentido y significado, siempre que no sea incompatible con su profesión como cristiano. Y cada cristiano tiene la responsabilidad de ayudar a otros a ver este significado, no sólo por sus palabras, sino por sus hechos, por su ejemplo, a la luz de lo que Cristo hizo por nosotros. No olvidemos que Jesús fue carpintero durante 15 a 18 años de su vida. No llamaríamos "religioso" a ese trabajo. Pero Jesús demostró que no es el trabajo en sí lo que determina el carácter, sino nuestra actitud al hacerlo. Y el mundo necesita y espera ese ejemplo de cada cristiano.

Al ponernos en contacto con otros en nuestro oficio o profesión, tendremos la oportunidad de dialogar con ellos



libremente, mientras ellos "bajan la guardia", ya que no es un "profesional de la religión" quien habla con ellos. Pensemos en el joven Daniel. Fue llevado contra su voluntad a la "Universidad de Babilonia", e inscrito en la "Facultad de Ciencias". Le tocó brillar en un ambiente totalmente pagano. Tuvo que servir durante varios gobiernos sucesivos. Evidentemente en ese trabajo ordinario, secular, trajo mucha gloria a Dios, pues aun los paganos se vieron compelidos a reconocer que era "un hombre en el cual mora el espíritu de los dioses santos" (Dan. 5: 11). Y aunque sirvió bajo supervisión terrenal, servía a un solo Señor. No servía a los hombres durante ocho o diez horas al día y a Dios en las horas libres. El mismo rey Darío, uno de sus empleadores, exclamó: "Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar?" (Dan. 6: 20).

Hay mucho que podemos aprender de la vida de Daniel, quien, aunque no pudo elegir el trabajo de su vida, eligió servir solamente a un Señor. Y al hacerlo fue un modelo en todo sentido para todos los que alguna vez hemos pensado que el trabajo secular no es servir a Dios tiempo completo. ○



Desde el 13 al 20 de febrero del año en curso se celebró en Blancarena, República Oriental del Uruguay, un curso de verano para laicos. Varios profesores invitados ofrecieron instrucción sobre temas teóricos y prácticos destinados a capacitar a los asistentes para cumplir mejor con su misión como cristianos. Un momento destacado fue el de la entrega de materiales de trabajo misional como reconocimiento a los que se habían destacado en tales labores.

En la foto se captó el momento en que Antonio Zuliani recibe un pequeño proyector de diapositivas de manos del

pastor Carlos R. Mayer. Antonio vive en el extremo noroeste del Uruguay junto con sus padres y hermanos, y durante 1982 se ofreció para ayudar en una serie de predicaciones que se realizaría bajo una carpa en Trinidad. Los encargados pensaron pedirle que se ocupara de cuidar la carpa, pero él solicitó que le permitieran dar estudios bíblicos. Finalmente consintieron con ello y por la gracia de Dios tuvo la alegría de conducir a 17 personas a los pies de Jesús.

Una señorita que asistió al mismo curso es Graciela Cabrera, de Salto, Uruguay. Ella misma confesó que había sido

inactiva en su iglesia, y que dormía una larga siesta los sábados por la tarde, hasta que otro joven le pidió que lo ayudara a dar clases bíblicas a un grupo de adolescentes. Ella aceptó y al poco tiempo vio crecer su clase con otros jovencitos que asistían a una filial próxima. Para fines de septiembre tuvo el gozo de ver a nueve de sus alumnos participando en el bautismo de primavera.

Fue realmente inspirador ver a jóvenes como éstos, junto con los adultos que los acompañaban, buscar nuevos conocimientos y métodos para llevar a Cristo a los que nos rodean.

## Urbanidad y cortesía

La cortesía es el lubricante que disminuye la fricción que surge a causa de las diferencias entre los seres humanos. Al establecer límites aceptados acerca de lo que la gente puede hacer o decir, evita que las diferencias degeneren en luchas. La urbanidad de la diplomacia, los tribunales y las legislaturas puede parecer forzada y hueca, pero reconoce que la naturaleza humana es contenciosa, por lo que establece cauces para que pueda seguir su curso dentro de límites pacíficos.

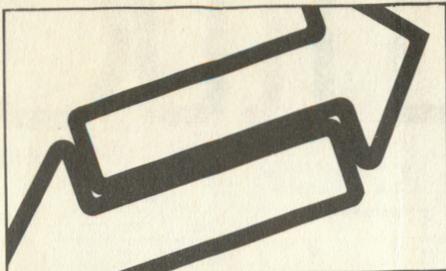
Pero hay una diferencia entre urbanidad y cortesía.

Los diplomáticos, los abogados y los legisladores tienen que conducirse con urbanidad porque lo demanda su profesión. No tienen que ser necesariamente corteses, ya que la cortesía, por definición, es actuar con bondad y propiedad en el habla y la conducta. La urbanidad puede actuar apropiadamente, pero cuando es fría está lejos de ser bondadosa.

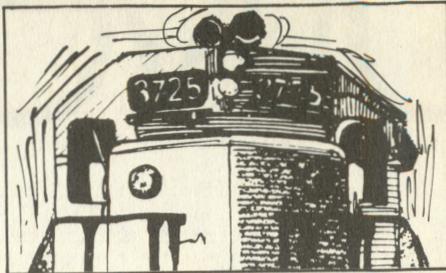
"La urbanidad es benevolencia ficticia", dijo alguien, pero en la cortesía la benevolencia es parte integral. Uno no puede ser genuinamente cortés sin tener una genuina consideración por

los sentimientos y el bienestar de su prójimo. La urbanidad es una cualidad de la cabeza, la cortesía lo es del corazón.

Un conocido artista declaró una vez que "la tarea más dura que afronta un niño hoy es aprender buenas maneras sin verlas". Lamentablemente es demasiado cierto en muchos casos. Las buenas maneras surgieron de un movimiento en favor de la autodeterminación de las personas que eliminó mucho de la hipocresía de nuestra sociedad. Pero una cosa es ser auténtico y otra muy distinta es usar esa autenticidad como excusa para conducirse



PAG. 26



PAG. 13

**Rolando A. Itin**, presidente del consejo editorial, director

**M. del Carmen de Aragón**, secretaria

**Raúl Escandar, Ricardo Bentancur**, redactores.

**Hugo O. Primucci**, diagramador

**Luis O. Marsón**, director de Arte

**José Tabuenca**, gerente general

## 3 EDITORIAL

Urbanidad y cortesía

## 5 ROBO.

Mike Grant

"El que hurta mi buen nombre. . ."

## 6 VENGANZA.

Adaptado por Carlos F. Steger

"¡No te hagas ilusiones! ¡Esta noche se vengarán de ti!"

## 10 FE DE NIÑOS.

Daniel Liernur

"Ahí llegan los zapatos"

## 13 "LA PE".

Kelly H. de Baronetti

Vi tus manos apretando una redondez vacía

## 16 CONCURSO JUVENTUD 1983

CONCURSO JUVENTUD 1983

Aquí están las bases para que nos envíes tu colaboración

## 18 SOLO ME DETUVE A PENSAR. . .

Haroldo Cairo

Deslumbrado, comenzó a querer "algo mejor". Pero. . .

## 21 INOCENCIA EN LA MONTAÑA.

Otilia de Stanghellini

Cierto día vi cómo contemplaba la muñeca de mi hija

## 23 VIVIR A CAPELLA.

Gary B. Swanson

Hay una sola manera de vivir sin desafinar

## 26 NINGUNO PUEDE SERVIR A DOS SEÑORES.

Rolando Itin

¿Para quién trabajas en tu vida diaria?

## 30 GACETA

## INTERCAMBIO

Las personas cuyos nombres colocamos en esta sección desean intercambiar correspondencia con otros jóvenes. Escribe directamente a la dirección de la persona que has escogido. Para ser incluido en nuestra lista mensual, dirígete a **Juventud**, Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, Argentina.

**Eustaquio Gómez Arpasi** - Correo Central - Punta de Bombón - Islay - Arequipa - Perú. Tiene 23 años. Colecciona estampillas y postales.

**Selva M. Cantaleano** - Varsovia 5248 - 1759 González Catán - Prov. de Buenos Aires - Argentina. Tiene 14 años. Le gusta la música y leer la Biblia.

**María de los Angeles Ortiz** - Casilla N° 6 - 3315 Leandro N. Alem - Misiones - Argentina. Desea intercambiar canciones.

**Stella Maris Romero** - Casilla N° 6 - 3315 Leandro N. Alem - Misiones - Argentina.

**Olga Rosa Quiroz** - Constancio Vigil 100 - 1812 Carlos Spegazzini - Prov. de Buenos Aires - Argentina. Tiene 16 años y desea intercambiar correspondencia y postales.

**Claudia Elizabeth Machuca** - Bv. Antonio Darneri 104 - 2820 Gualeguaychú - Entre Ríos - Argentina. Tiene 17 años y desea intercambio de cartas, postales y tarjetas.

**Julio A. Sosa** - Estafeta N° 17 - Barrio Flores Sur MAC9 - 5500 Mendoza - Argentina. Tiene 13 años.

**Humberto Huaff** - 9 de Julio 575 - 3603 El Colorado - Formosa - Argentina. Tiene 22 años. Colecciona estampillas, monedas antiguas y poesías.

**Christian González Reinhardt** - Chapultepec 292 pte. int. - Chetumal Q, Roo. - 7700

México. Le gusta la música, leer y declamar. Pinta al óleo en su tiempo libre.

**Mónica L. Melo Sellanes** - A. Vespucio y Bolívar - B. Obelisco - Las Piedras - Canelones - Uruguay. Tiene 13 años. Colecciona monedas, billetes, calcomanías, autoadhesivos de propagandas y almanques de bolsillo.

**Marlene Reyes Hernández** - Domicilio conocido - Tecpatán - Chiapas - México. Tiene 18 años.

**Claudio Brites** - Casilla N° 6 - 3315 Leandro N. Alem - Misiones - Argentina. Tiene 10 años. Colecciona postales.

**Alvaro Menesez** - 8 de octubre 1277 - Salto - Uruguay. Tiene 13 años. Colecciona estampillas, monedas, cajas de fósforos y es dibujante.

**Lorena Hernández** - Colegio del Pacífico - Apdo. 134 - Navojoa - Sonora - México. Tiene 18 años. Le gusta la música, la poesía, las matemáticas. Practica natación y patín. Habla inglés.

**Diana E. Zegsna** - López de Ayala 1356 - Urbanización San Borja - Lima - Perú. Tiene 18 años. Colecciona posters, revistas, recortes y calcomanías. Estudia inglés y piano. Le gusta el tenís, la música y patinar.

**Lissel González** - Burdeos 2261 - Montevideo - Uruguay. Tiene 17 años.

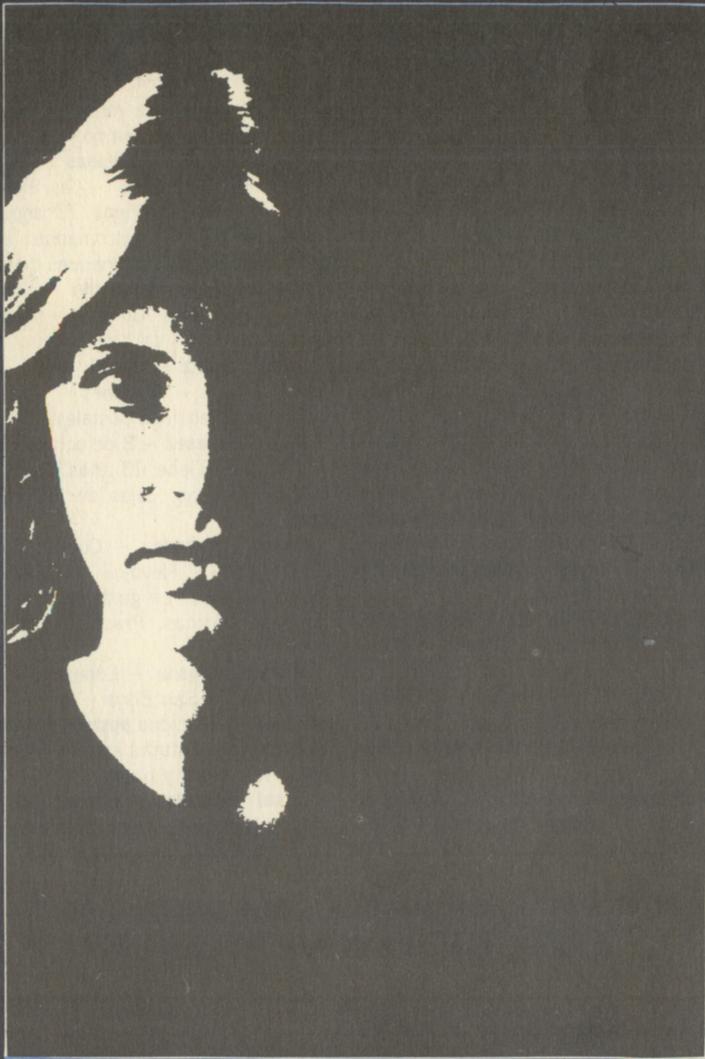
## ¿Estás haciendo planes para participar en el CONCURSO JUVENTUD '83?

### Agencias de distribución de JUVENTUD

**ARGENTINA.** BUENOS AIRES: Valentín Vergara 3346, 1602 Florida. Tel. 761-3647. CORRIENTES: Buenos Aires 1178, 3400 Corrientes. Tel. 24072. PARANA: Córdoba 586, 3100 Paraná, Entre Ríos, Tel. 222995. **BOLIVIA.** LA PAZ: Rosendo Villalobos 1592, Casilla 355. Tels. 35 28 43, 32 72 44. SANTA CRUZ DE LA SIERRA: Colón 709, Cajón Postal 2495. Tels. 3-2200, 3-2201. **CHILE.** ANTOFAGASTA: 14 de Febrero 2784, Casilla 1260. Tel. 24917. SANTIAGO, Sucursal Casa Editora: Santa Elena 1038, Casilla 328. Tel. 2225948. SANTIAGO, Agencia: Porvenir 72, Casilla 2830. Tel. 2225880. TEMUCO: Claro Solar 1170, Casilla 2-D. Tel. 33194. **ECUADOR.** GUAYAQUIL: Calle Tulcán 901, Casilla 1140. Tel. 361-205. **ESPAÑA.** MADRID: Aravaca 8, Madrid 3. Tels. 91/2334238-2348661-2339037. **MEXICO.** MEXICO: Yacatas N° 398, Apartado Postal 18-813, México 12, D.F. Tel. 687-21-00. **PARAGUAY.** ASUNCION: Kubitschek 899. Tel. 24-181. **PERU.** AREQUIPA: Casilla 1381. Tel. 2-4670. CHICLAYO: Alfonso Ugarte 1499, Casilla 330. Tel. 23-2641. LIMA: Jr. Washington 1807, oficina 502, Casilla 1002. Tels. 23-9012, 23-1361. PUCALLPA: Jr. Tarapacá 101, Casilla 206. Tel. 649. PUNO: Lima 115. Casilla 312. Tel. 199. **URUGUAY.** MONTEVIDEO: Mateo Vidal 3211, Casilla 512. Tel. 58 34 24.

**JUVENTUD** (Marca Registrada). Editada mensualmente e impresa mediante el sistema offset por la Asociación Casa Editora Sudamericana, de la Iglesia Adventista del Séptimo Día, miembro de la Asociación Argentina de Editores de Revistas. Redacción, administración y talleres: Avda. San Martín 4555, 1602 Florida, Buenos Aires, República Argentina. Tel. 760-0416. Domicilio legal: Uriarte 2435, 1425 Capital Federal.





Suavemente me arrodillé.  
Desesperadamente lloré.  
Y cuando por fin mosaicos de orgullo  
se trituraron sobre la colcha de flores,  
pude decir: ¡Ayúdame!  
Entonces me tendió la mano.  
Era El.

Silvia Sanjurjo

# Juventud

JUNIO DE 1983



# VENGANZA